

Absha al final

Para el poeta estadounidense, el sueño se asemeja al andar de un caballo: concentra muchas historias pero no deja de ser inefable

Poesía

Philip Alvaré

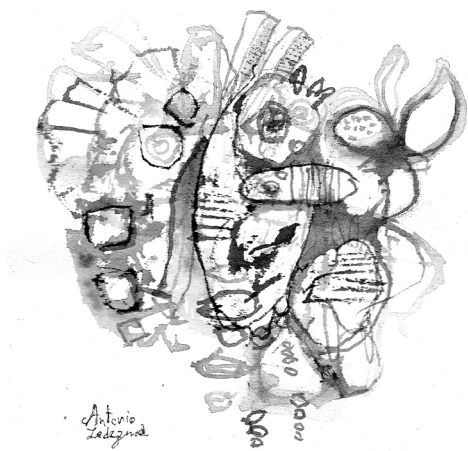
Para Jorge

A la distancia, no era más que un parche de nieve, camuflado, o un jirón de humo. Algo pálido; un hilo transparente que se nos escapa. Presente, sin embargo, inefable.

De una forma que asume otras formas, luz, color, fragancia, luego desvanece. Mi querido, viejo caballo blanco espera a la sombra de una algarroba centurial. Su tronco y brazos llevan fruto fantasmal de musgo español.

Él podría contar mil cuentos, variados como crepúsculo flores por escrito en los andamios del árbol, y dispersos, como forraje de sueños esparcidos en su base. Buen provecho amigo y leal compañero. La jornada de mañana requiere gran fuerza.

Versión del autor al español



Poeta, narrador, productor y realizador de cine y televisión para NBC y FOX, Philip Alvaré (Filadelfia, Pensilvania) recibió el Premio 2011 WD Snodgrass de excelencia poética. Su trabajo literario ha aparecido en *Cimarron Review* y *The Wolf London*. Fue columnista de arte en la revista *InsideOut*, en Nueva York; profesor en la Escuela de Posgrado de Radio y Televisión y Cine de la Universidad de Boston, y cofundador de Stagesource, una de las compañías teatrales más importantes de Estados Unidos.



Un mundo suspendido en el Guggenheim

A salto de línea

Braulio Peralta

braulioperalta@yahoo.com.mx

Las salas de exposición del museo Guggenheim de Nueva York están vacías, sin pintura o fotografía, sin arte para colgar sobre sus paredes desde el pasado 4 de noviembre. La obra del instalacionista italiano Maurizio Cattelan tiene la responsabilidad: sobre el cubo del museo, desde la claraboya, colgadas con cuerdas y tramoyas —trabajo que exige una fina ingeniería—, penden 130 piezas del artista, sin orden ni cronología. Es toda la obra-objeto que ha realizado desde 1989 a la fecha. Es una retrospectiva y un adiós: el artista ha dicho que después de esta muestra se retira para siempre.

Frank Lloyd Wright, el arquitecto que erigió el museo entre 1956 y 1959 jamás imaginó —¿o sí?— que el gran cubo sería el escenario de una exposición de este calibre: burros, caballos, vacas, elefantes, retratos de artistas y políticos, gente común y famosa, entre ardillas, palomas, esqueletos, árboles y el papa Juan Pablo II aplastado por un meteorito, y un niño Hitler, rezando. Un mundo suspendido en el aire. Cattelan, hijo de un camionero y una camarera, nació humilde en Padua, Italia, en 1960. A sus 51 años ya es un millonario con las piezas que los coleccionistas se disputan en subastas — hoy más después del anuncio de su despedida—. De algo sirve el *marketing*.

El escenario es un espectáculo irreprochable, pero no estoy convencido de que sea arte. Humor inteligente y provocación perfectamente planeada en lo expuesto, sí. Roberta Smith, del *New York Times*, lo detesta y agradece su retiro. Jerry Saltz, del *New York Magazine*, lo adora y le suplica que no se vaya. Sus herejías jocosas son, para mi gusto, sociología del arte, pero no creación de artista. De la fabulosa cúpula del Guggenheim pende un *sumum* de expectativas: cualquier cosa puede decirse de la obra porque es un concepto sociológico, no necesariamente arte desde la perspectiva canónica, o la ruptura con la historia

más allá de Duchamp. El catálogo de la muestra no puede desmentirnos. La curadora Nancy Spector se esfuerza por darle teoría a la práctica del artista. Importa teorizar para que la gente crea que lo observado es “arte contemporáneo”. El impacto visual no puede menospreciarse, como un gran guiñol. Más, no sé.

Prefiero recurrir a un diálogo de la novela de Tennessee Williams en *La primavera romana de la señora Stone*:

—Puedes retirarte de un negocio, pero no del arte.

—Puedes —replicó la señora Stone—, si al final descubres que no tenías talento”.

Lo sabremos cuando observemos de cerca el destino final de Maurizio Cattelan (y de muchos otros que, como él, han recurrido al arte contemporáneo como sinónimo de éxito —es el caso del mexicano Gabriel Orozco—. ¿Prestigio?, no estoy seguro). La taxidermia y el hiperrealismo al parecer resultan atractivos para los grandes públicos. Pero calificar a Cattelan como “un poeta trágico”, la verdad, suena ridículo.

Cattelan hoy está engolosinado con su revista *Toilet Paper*, editada en Italia y Nueva York. El motivo —dice— de su renuncia al arte (puede verse parte del proyecto en internet para convencerse de que no hay nada nuevo bajo el sol, aunque se anuncie como “una explosión mental de ideas”).

La exposición en el Guggenheim estará hasta el 22 de enero, por si alguien se anima, de paso, a pasear por Manhattan.

Coda

Si quiere que un espacio artístico se invada de gente, lleve a una estrella de rock con sus dibujitos mal hechos, a lo Egon Schiele. Hay directores/as de museos que, ansiosos /as de público renuncian al arte y exhiben a Marilyn Manson.

Recoda

El Museo de Cera se trasladó, con el hiperrealismo de Mueck, a San Ildefonso. nL